

El bricbarca Charlotte había zarpado de Marsella y navegaba rumbo a Atenas, con tiempo gris y mar gruesa, después de tres días de fuerte temporal. Un pequeño marinero llamado Simón, en la cubierta mojada y balanceante, se sujetaba a un obenque y miraba hacia las nubes viajeras y la verga del mastelerillo del palo mayor.

Un ave, buscando refugio en el mástil, se había enredado las patas en una driza suelta de algún aparejo, y forcejeaba allá arriba tratando de liberarse. El chico de la cubierta podía verla aletear y agitar la cabeza de un lado a otro.

Por su propia experiencia en la vida, había llegado a la convicción de que en este mundo cada cual debía cuidar de sí mismo, y no esperar ayuda de los demás. Pero aquella lucha muda, mortal, lo tenía fascinado desde hacía más de una hora. Se preguntaba qué clase de ave sería. En los últimos días habían venido a posarse numerosas aves en las jarcias del bricbarca: golondrinas, codornices y un par de halcones peregrinos; le parecía que esta vez se trataba de un halcón peregrino. Recordaba que hacía muchos años, en su país, cerca de su casa, vio una vez un halcón peregrino posado en una piedra, a poca distancia, y echar a volar. A lo mejor era la misma ave. Pensó: «Es como yo. Antes estaba allá y ahora está aquí».

Esto despertó en él un sentimiento de simpatía y de tragedia; siguió mirando al ave con el corazón en un puño. No estaba presente ninguno de los marineros para reírse de él; empezó a pensar cómo podía trepar por las jarcias para ayudar al halcón. Se echó el pelo hacia atrás, se subió las mangas, miró por toda la cubierta y empezó a trepar. Tuvo que detenerse un par de veces en el aparejo oscilante.

Al llegar a lo alto del mástil comprobó que era, efectivamente, un halcón peregrino. Cuando su cabeza llegó a la altura del ave, esta dejó de debatirse y lo miró con ojos furiosos, desesperados, amarillos. Tuvo que sujetarla con una mano mientras sacaba el cuchillo y cortaba la driza. Se asustó al mirar hacia abajo; pero a la vez pensó que no se lo había ordenado nadie, que era su propia aventura, y esto le produjo una sensación orgullosa, tranquilizadora; como si el mar y el cielo, el barco, el ave y él mismo fueran todo uno. Justo cuando la hubo liberado, el ave le dio un picotazo en el pulgar, de manera que lo hizo sangre y estuvo a punto de soltarla. Se enfadó con ella y le dio una ligera cachetada; a continuación se la metió en el interior de la chaqueta y bajó.

Cuando llegó a la cubierta, se encontraban allí el piloto y el cocinero mirando; le preguntaron a voces a qué había subido al mástil. Él estaba tan cansado que tenía lágrimas en los ojos. Sacó el halcón y lo enseñó, mientras este permanecía quieto entre sus manos. El piloto y el cocinero se echaron a reír y se fueron. Simón dejó el ave en el suelo, retrocedió y se quedó mirándola. Al cabo de un rato pensó que no sería capaz de levantarse de la resbaladiza cubierta, así que la cogió otra vez y fue a colocarla sobre un rollo de lona. Poco después empezó a ordenarse las plumas, dio dos o tres violentos aletazos y de repente echó a volar. El chico pudo seguir su vuelo por encima de los surcos de agua gris. Pensó: «Allá vuela mi halcón».

Cuando regresó el Charlotte, Simón se enroló en otro barco; y dos años más tarde era un avisado marinero de la goleta Hebe, fondeada en Bodo, en la costa norte de Noruega, donde había entrado a cargar arenque.

A los grandes mercados de arenque de Bodo acudían barcos de todos los rincones del mundo: había suecos, finlandeses y rusos: un bosque de mástiles; y en la playa, un tumultuoso y heterogéneo despliegue de vida, donde se oían muchas lenguas y se suscitaban tremendas peleas. Se habían instalado puestos de venta en la playa, y los lapones, gente pequeña y amarilla, de movimientos sigilosos y ojos vigilantes, a la que Simón no había visto en la vida, bajaban a vender artículos de piel adornados de cuentas. En abril, el cielo y el mar eran tan claros que resultaba difícil mantener la vista frente a ellos —salados, infinitamente anchos y poblados de chillidos de aves—, como si alguien estuviese afilando incesantemente cuchillos invisibles en todas partes, arriba en el cielo.

Simón estaba asombrado de la claridad de estas noches de abril. No sabía geografía, y no lo atribuía a la latitud, sino que lo consideraba un signo de buena voluntad del universo, un favor. Simón había sido toda su vida bajo de estatura para su edad, pero este último invierno había dado un estirón y se había hecho fuerte de miembros. Esta suerte, pensaba, debía de proceder de la misma fuente que la bondad del tiempo, de una nueva benevolencia del mundo. Había estado necesitado de este estímulo, dado que era tímido por naturaleza; ahora no pedía más. El resto consideraba que era cosa suya. Se movía lentamente, orgullosamente.

Una tarde bajó a tierra con permiso, y se acercó al puesto de un pequeño comerciante ruso, un judío que vendía relojes de oro. Todos los marineros sabían que eran de falso metal y que no funcionaban, aunque los compraban y los exhibían con ostentación. Simón estuvo contemplando un buen rato estos relojes, pero no compró ninguno. El viejo judío exhibía diversas mercancías en su puesto; entre ellas, una caja de naranjas. Simón las había probado en sus viajes; compró una y se la llevó. Quería subir a una colina desde donde poder ver el mar, y comérsela allí.

Siguió andando; y al llegar a las afueras del pueblo vio a una niña con un vestido rojo, de pie al otro lado de una cerca, mirándolo. Tendría trece o catorce años; estaba

delgada como una anguila, pero tenía una cara redonda, alegre, pecosa y un par de trenzas largas. Se miraron mutuamente.

—¿A quién esperas? —preguntó Simón, por decir algo.

La cara de la niña esbozó una sonrisa extática, presuntuosa:

—Al hombre con quien me voy a casar, naturalmente —dijo.

Había algo en su semblante que hizo que el muchacho se sintiese confiado y feliz; le sonrió un poco.

—A lo mejor soy yo —dijo él.

—¡Ja, ja! —rió la niña—; es unos años mayor que tú, para que te enteres.

—¿Cómo es eso? —dijo Simón—; pues tú no eres tan mayor.

La niña negó con la cabeza solemnemente.

—No —dijo—; pero cuando lo sea, seré guapísima, y llevaré zapatos marrones con tacones y un sombrero.

—¿Quieres una naranja? —preguntó Simón, ya que no podía darle ninguna de las cosas que ella había mencionado. La niña miró la naranja y luego a él—. Están muy buenas —dijo él.

—Entonces ¿por qué no te la comes tú? —preguntó ella.

—Yo he comido muchas ya —dijo él—, cuando estaba en Atenas. Aquí, esta me ha costado un marco.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Me llamo Simón —dijo él—. ¿Y tú?

—Yo, Nora —dijo ella—. ¿Qué quieres a cambio de tu naranja, Simón?

Cuando oyó su nombre en boca de ella, Simón se volvió audaz.

—¿Quieres darme un beso a cambio de la naranja? —preguntó.

Nora lo miró seria un momento.

—Sí —dijo—; no me importa darte un beso.

Simón notó que le entraba un calor como si hubiese estado corriendo. Cuando la niña extendió la mano para que le diese la naranja, se la cogió. En ese instante la llamó alguien desde la casa.

—Es mi padre —dijo, y trató de devolverle la naranja; pero él no lo consintió—. Pues vuelve mañana —dijo ella—; entonces te daré el beso —y echó a correr. Él se quedó viéndola marcharse y poco después regresó al barco.

Simón no tenía costumbre de hacer planes para el futuro, y no sabía si volvería para verla o no.

La tarde siguiente tenía que quedarse a bordo, ya que los demás marineros iban a bajar a tierra; pero no le importaba. Decidió sentarse en cubierta con Balthazar, el perro del barco, y practicar con una concertina que se había comprado hacía algún tiempo. El pálido atardecer lo rodeaba por todas partes; el cielo tenía un matiz débilmente rosáceo, la mar estaba completamente llana, lechosa; solo en la estela de los botes que iban a tierra se quebraba en franjas de intenso índigo. Y se sentó a tocar; al cabo de un rato, su propia música empezó a hablarle tan vehementemente que se detuvo, se levantó y miró hacia arriba. Entonces descubrió la luna llena en lo alto del cielo.

El cielo estaba tan claro que apenas hacía falta: era como si hubiese subido allí por propio capricho. Era redonda, grave, presuntuosa. Y entonces comprendió Simón que debía bajar a tierra, costara lo que costase. Pero no sabía cómo ir, ya que los demás se habían llevado la yola. Llevaba mucho rato de pie en la cubierta, pequeña figura solitaria de joven marinero en su barco, cuando vio que se acercaba la yola de un barco que estaba fondeado más afuera y llamó. Averiguó que eran marineros rusos de un barco llamado Anna que iban a tierra. Cuando consiguió hacerse entender, lo llevaron con ellos; primero le pidieron dinero por el viaje; luego, riendo, se lo devolvieron. Simón pensó: «Estos creen que voy al pueblo en busca de mujeres». Luego, con cierto orgullo, pensó que tenían razón; aunque al mismo tiempo estaban infinitamente equivocados, y no tenían idea de nada.

Una vez en tierra, lo invitaron a beber con ellos, y Simón no quiso decirles que no, porque lo habían ayudado. Uno de los rusos era un gigantón, grande como un oso; le dijo a Simón que se llamaba Iván. Se emborrachó enseguida, y luego acometió al muchacho con afecto osuno, lo manoseó, sonrió y se rió en su cara, le regaló una cadena de reloj de oro y lo besó en ambas mejillas. Simón pensó entonces que él también tenía que regalarle algo a Nora cuando la viese otra vez; y en cuanto pudo dejar a los rusos, se dirigió a un puesto que conocía y compró un pañuelito azul, del mismo color que los ojos de ella.

Era sábado por la tarde, y circulaba mucha gente entre las casas: iban en largas filas, algunos cantando, y todos deseosos de divertirse esa noche. Simón, en medio de esta vida rica y bulliciosa bajo la luna clara, sentía la cabeza alegre con su escapada del barco y la bebida fuerte. Se embutió el pañuelo en el bolsillo; era de seda, cosa que nunca había tocado anteriormente, un regalo para su amiga.

No recordaba el camino a casa de Nora; se perdió, y volvió a donde había empezado. Entonces lo asaltó un miedo terrible de llegar demasiado tarde y echó a correr. En un paso estrecho entre dos casas de madera chocó con un hombre corpulento y descubrió que era Iván otra vez. El ruso cerró los brazos en torno suyo y lo sujetó.

—¡Bueno, bueno! —exclamó desbordante de alegría—; al fin te he encontrado, mi pequeño pollito. Te he buscado por todas partes; y el pobre Iván ha llorado porque había perdido a su amigo.

—Suéltame, Iván —dijo Simón.

—Ah, ah —dijo Iván—; iré contigo y tendrás lo que quieras. Mi corazón y mi dinero son tuyos, todo tuyos; yo también he tenido diecisiete años, también he sido una pequeña ovejita de Dios, y quiero serlo otra vez esta noche.

—¡Suéltame —exclamó Simón—, que tengo prisa!

Iván lo sujetaba de tal manera que le hacía daño, mientras lo acariciaba con la otra mano.

—Lo siento, lo siento —decía—. Vamos, confía en mí, amiguito mío. Nada nos va a separar. Oigo llegar a los otros: vamos a pasar una noche juntos que recordarás cuando seas abuelo.

De repente estrujó al muchacho contra sí, como el oso que lleva a un cordero. La odiosa sensación de calor masculino y el corpachón de un hombre pegado a él enloqueció al flaco muchacho. Pensó en Nora, esperándolo, como una embarcación esbelta en el aire turbio, mientras él estaba aquí, sufriendo el abrazo caluroso de un animal peludo. Golpeó a Iván con todas sus fuerzas.

—Te mataré, Iván —gritó—, si no me sueltas.

—¡Bah, después me lo agradecerás! —dijo Iván, y empezó a cantar.

Simón hurgó en su bolsillo buscando la navaja y consiguió abrirla. No podía levantar la mano, pero hundió la navaja furiosamente por debajo del brazo del gigantón. Casi instantáneamente, sintió brotar la sangre y correrle por la manga hacia abajo. Iván dejó de cantar de repente, soltó al muchacho y profirió dos largos y profundos

gruñidos. Un segundo después se desplomó sobre sus propias rodillas.

—Pobre Iván, pobre Iván —gimió.

Cayó de bruces. En ese momento Simón oyó a los otros marineros que se acercaban cantando por el callejón.

Se quedó inmóvil un momento, limpió la navaja y observó que la sangre derramada había formado un charco oscuro debajo del enorme corpachón. Luego echó a correr. Al detenerse un segundo para elegir una dirección, oyó gritar a los marineros sobre su compañero muerto. Y pensó: «Tengo que bajar a la mar y lavarme las manos». Pero, al mismo tiempo, corría en dirección opuesta. Al cabo de un rato dio con el camino por el que había pasado el día anterior y le pareció familiar, como si lo hubiese recorrido centenares de veces en su vida.

Aflojó el paso para echar una mirada, y de pronto descubrió a Nora al otro lado de la cerca; estaba a muy poca distancia de él cuando la vio a la luz de la luna. Tambaleante y sin aliento, cayó de rodillas. Durante un momento no pudo hablar.

—Buenas noches, Simón —dijo ella con su vocecita acariciadora—. Hace rato que te estoy esperando —y tras una pausa añadió—: Me he comido la naranja.

—¡Ah, Nora! —exclamó el muchacho—. He matado a un hombre.

Nora se le quedó mirando, pero no se movió.

—¿Por qué has matado a un hombre? —preguntó al cabo de un rato.

—Para llegar aquí —dijo Simón—. Porque intentaba detenerme. Pero era mi amigo —lentamente, Simón se puso de pie—. ¡Me quería! —exclamó; y entonces estalló en lágrimas—. Sí —dijo despacio, pensativo—. Sí, porque tú estarías aquí puntualmente. ¿Puedes esconderme? —preguntó—. Me buscarán.

—No —dijo Nora—; no te puedo esconder. Porque mi padre es el párroco de aquí, de Bodo, y seguro que te entregaría si se enterase de que has matado a un hombre.

—Entonces —dijo Simón—, dame algo para limpiarme las manos.

—¿Qué tienes en las manos? —preguntó ella, y dio un pasito adelante.

Él extendió las manos.

—¿Es tuya esa sangre? —preguntó ella.

—No —dijo Simón—, es del hombre muerto.

Nora retrocedió un paso otra vez.

—¿Me odias ahora? —preguntó él.

—No, no te odio —dijo ella—. Pero ponte las manos en la espalda.

Al hacerlo, Nora se acercó mucho a él, en el otro lado de la cerca, y le echó los brazos alrededor del cuello. Apretó su cuerpo joven contra el de Simón y lo besó tiernamente. Simón sintió la cara de ella, fría como la luz de la luna, sobre la suya; cuando lo dejó, le flotaba la cabeza, y no sabía si el beso había durado un segundo o una hora. Nora se enderezó con los ojos muy abiertos.

—Ahora —dijo lenta, orgullosamente— te prometo que jamás me casaré con nadie, en toda mi vida.

El muchacho seguía en el mismo sitio, con las manos en la espalda como si ella se las hubiese atado así.

—Y ahora corre —dijo ella—, porque se acercan.

Se miraron los dos al mismo tiempo.

—No lo olvides, Nora —dijo. Se volvió y echó a correr.

Saltó una cerca, y cuando estuvo entre las casas siguió andando. No sabía adónde ir. Al llegar a un portal del que salía música y ruido de voces, lo traspuso lentamente. El recinto estaba lleno de gente: había baile. Una lámpara colgaba del techo y brillaba sobre los que estaban bailando; el aire era espeso y marrón a causa del polvo que se elevaba del suelo. Había algunas mujeres; pero muchos de los hombres bailaban unos con otros; y pateaban el suelo serios o riendo. Al poco de entrar Simón, la multitud se retiró hacia la pared para dejar espacio a dos marineros que ejecutaban un baile de su propio país. Simón pensó: «No tardarán en pasar por aquí los hombres del bote, en busca del que ha matado a su compañero; y por mis manos sabrán que he sido yo». Los cinco minutos que estuvo junto a la pared del local, en medio de los alegres y sudorosos bailarines, fueron de gran importancia para el muchacho. Él mismo se daba cuenta; como si madurase en ese tiempo, y se volviese como los demás. No suplicaba a su destino; ni se quejaba. Aquí estaba él: había matado a un hombre y había besado a una muchacha. No pedía nada más a la vida; ni la vida podía pedir nada más de él. Era Simón, un hombre como los que lo rodeaban; e iba a morir, como van a morir todos los hombres.

Solo tuvo conciencia de lo que pasaba fuera de él cuando vio que había entrado una

mujer, y que estaba de pie en el centro de la sala despejada, mirando en torno suyo. Era una vieja ancha y baja de estatura, con ropas laponas, y miraba con dignidad y fiereza como si fuese la dueña de todo el pueblo. Era evidente que la mayoría de los presentes la conocían y que le temían un poco, aunque algunos se reían; el bullicio del baile se apagó al alzar ella la voz:

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó con voz chillona, como la de un pajarraco.

Un instante después, sus ojos se clavaron en Simón; avanzó entre la multitud, que se abrió a su paso, alargó una mano huesuda, oscura, vieja y lo cogió por el codo.

—Vente a casa conmigo —dijo—. No te hace falta bailar aquí esta noche. Si no, no tardarás en bailar más arriba.

Simón retrocedió, porque creía que estaba borracha. Pero al mirarle ella directamente a la cara con sus ojos amarillos, le pareció que la había visto antes y que quizá convenía escucharla. La vieja tiró de él, cruzó la estancia y Simón la siguió sin rechistar.

—No te ensañes demasiado con el chico, Sunniva —le gritó uno de los presentes—. No ha hecho nada malo; solo quería ver bailar.

En el mismo instante en que salían por la puerta se produjo una alarma en la calle: una multitud bajaba corriendo, y uno de ellos, al dar la vuelta a la casa, chocó con Simón. Lo miró, miró a la vieja y siguió corriendo.

Mientras iban los dos por la calle, la vieja se levantó la falda y le puso el borde en la mano al muchacho.

—Límpiate las manos en mi falda —dijo.

No habían andado mucho cuando llegaron a una casa de madera y se detuvieron; la puerta era tan baja que tuvieron que inclinarse para pasar. Al entrar la mujer lapona delante, sin soltarle el brazo, el muchacho alzó los ojos un momento. La noche se había vuelto brumosa; había un amplio halo alrededor de la luna.

La vivienda de la vieja era estrecha y oscura, con un único ventanuco; en el suelo había un farol que alumbraba débilmente. Estaba toda llena de pieles de reno y de lobo, y de cuernos de reno, con los que los lapones suelen hacer botones tallados y mangos de cuchillo, y el aire aquí era rancio y sofocante. Tan pronto como estuvieron dentro, la mujer se volvió hacia Simón, lo cogió por la cabeza, le hizo una raya en el pelo con sus dedos ganchudos y se lo peinó a la manera de los lapones. Le ajustó un gorro de lapón y retrocedió para mirarlo.

—Ahora siéntate en mi taburete —dijo—. Pero primero saca la navaja.

Su voz y su gesto fueron tan autoritarios que el muchacho no tuvo más remedio que hacer lo que decía: se sentó en el taburete incapaz de apartar los ojos de su rostro, que era plano y marrón, y como cubierto de suciedad en su red de finas arrugas. Mientras estaba sentado oyó rumor de gente en el exterior, que se detenía delante de la casa; luego, alguien llamó a la puerta, aguardó un momento y volvió a llamar. La vieja, de pie, se quedó quieta como un ratón.

—No —dijo el muchacho, y se levantó—. Es inútil; es a mí a quien buscan. Será mejor para usted que me deje salir.

—Dame tu navaja —dijo ella. Se la dio, y ella se la pasó por el pulgar; le brotó sangre y dejó que goteara sobre su falda—. Bueno, entren —gritó.

Se abrió la puerta, entraron dos de los marineros rusos y se quedaron de pie en el vano; había más gente fuera.

—¿Ha venido aquí alguien? —preguntaron—. Vamos detrás del que ha matado a nuestro compañero, pero se nos ha escapado. ¿Has oído o visto pasar a alguien por aquí?

La vieja lapona se volvió hacia ellos, y sus ojos brillaron como el oro a la luz de la lámpara.

—¿Que si he oído o visto a alguien? —exclamó—. Los he oído a ustedes gritar asesino por todo el pueblo. Nos han asustado a mí y a mi pobre muchacho; hasta me he hecho sangre en el dedo cuando recortaba la alfombrilla de piel que estoy cosiendo. El muchacho está demasiado asustado para ayudarme y se ha echado a perder la alfombrilla. Tendrán que pagármela. Si andan buscando a un asesino, pasen y registren mi casa, que ya los conoceré yo cuando volvamos a vernos.

Estaba tan furiosa que bailoteaba y sacudía la cabeza como un ave de presa irritada.

Entró el ruso, miró por la habitación, la observó a ella y reparó en su mano y su falda manchadas de sangre.

—No nos echés ninguna maldición, Sunniva —dijo tímidamente—. Sabemos que puedes hacer muchas cosas cuando quieres. Aquí tienes un marco por la sangre que has derramado.

Ella extendió la mano y él le puso una moneda en la palma. Sunniva escupió en ella.

—Ahora márchense, y no habrá odio entre nosotros —dijo, y cerró la puerta tras ellos.

Se llevó el pulgar a la boca y lo chupó.

El muchacho se levantó del taburete; se detuvo delante de ella y se quedó mirándola a la cara. Se sentía como si se balancease muy arriba, con escasa sujeción.

—¿Por qué me ha ayudado? —le preguntó.

—¿No lo sabes? —contestó ella—. ¿Todavía no me has reconocido? Pero sí te acordarás del halcón peregrino atrapado en una driza de tu barco, el Charlotte, cuando navegaba por el Mediterráneo. Aquel día trepaste por las jarcias hasta el mastelerillo para ayudar a aquella ave, en medio de un fuerte ventarrón y con mar gruesa. Aquel halcón era yo. Las laponas volamos a veces así para ver mundo. La primera vez que te vi fue cuando iba camino de África, a ver a mi hermana menor y a sus hijos. Ella es halcón también, cuando quiere. En aquel entonces vivía en Takaunga, en una vieja torre en ruinas que allá llaman minarete.

Se vendó el pulgar con una tira de su falda y se lo mordió.

—Nosotras no olvidamos —dijo—. Te di un picotazo en el pulgar cuando me cogiste; es justo que me diese un corte en el pulgar por ti esta noche.

Se acercó a él y le frotó suavemente la frente con sus dos dedos marrones como garras.

—Así que eres mi muchacho —dijo—, capaz de matar a un hombre antes que llegar tarde a una cita de amor, ¿no? Las hembras de esta tierra estamos muy unidas. Ahora te marcaré en la frente para que las chicas lo sepan cuando te miren; y les gustes por eso.

Jugó con el pelo de él, y se lo enroscó en el dedo.

—Ahora escucha, pajarillo mío —dijo ella—. El cuñado de mi bisnieto se encuentra en su barca junto al embarcadero en este momento; va a llevar una remesa de pieles a un barco danés. Él te devolverá a tu barco a tiempo, antes de que llegue tu patrón. La Hebe saldrá mañana por la mañana, ¿no? Pero cuando llegues a bordo, dale mi gorro para que me lo devuelva —sacó la navaja del muchacho, la limpió en su falda y se la tendió—. Aquí tienes tu navaja —dijo—. No se la volverás a clavar a ningún otro hombre; no tendrás necesidad, pues de ahora en adelante navegarás por los mares como un auténtico marinero. Ya tenemos bastantes preocupaciones con nuestros hijos.

El perplejo muchacho empezó a tartamudear unas palabras de agradecimiento.

—Espera —dijo ella—; te haré una taza de café para que te reanime, mientras te lavo la chaqueta.

Puso una vieja olla de cobre en el fuego. Al cabo de un rato, le tendió una bebida caliente, fuerte, negra, en un tazón sin asa.

—Ahora has bebido con Sunniva —dijo—; has sorbido un poco de sabiduría, de manera que en el futuro tus pensamientos no caerán como gotas de agua en la mar salada.

Cuando hubo terminado y dejado la taza, Sunniva lo acompañó hasta la puerta y se la abrió. El muchacho se sorprendió al ver que casi había amanecido. La casa estaba tan arriba que podía verse el mar desde allí. Le dio la mano a la vieja para despedirse.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Nosotras no olvidamos —dijo—. Tú me diste un golpe en la cabeza, allá, en lo alto del mástil; así que te lo devolveré —y a continuación le dio una bofetada con todas sus fuerzas, al punto de que la cabeza le daba vueltas—. Ahora estamos en paz —dijo; le dirigió una mirada centelleante, larga, maligna, lo empujó suavemente para hacerle trasponer el umbral y le hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Así, pues, el muchacho marinero regresó a su barco, que iba a zarpar a la mañana siguiente, y vivió para contarlo.